

Fog 23 moderna 1753 - leg. 23

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1862 Á 1863

EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL DOCTOR

ILLMO. SR. D. ISAAC NUÑEZ DE ARENAS,

Catedrático que ha sido en la Facultad de Filosofía y Letras

Y

ACTUAL MINISTRO TOGADO DEL TRIBUNAL SUPREMO DE GUERRA Y MARINA.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL,

PLAZUELA DE ISABEL II, 6.

1862.

DISCIPULO
UNIVERSIDAD CENTRAL

DISCUSSION

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1862 Á 1863

EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL DOCTOR

ILLMO. SR. D. ISAAC NUÑEZ DE ARENAS,

Catedrático que ha sido en la Facultad de Filosofía y Letras

Y

ACTUAL MINISTRO TOGADO DEL TRIBUNAL SUPREMO DE GUERRA Y MARINA.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL,

PLAZUELA DE ISABEL II, 6.

—
1862.

HTCA

U/Bc LEG 23-2 n°1758



1>0 0 0 0 6 3 2 8 9 8

UVA. BHSC. LEG 23-2 n°1758

EXCMO. É ILLMO. SEÑOR.

«**L**A perfeccion de todas las cosas, y señaladamente de
»aquellas que son capaces de entendimiento y razon,
»consiste en que cada una dellas tenga en si á todas las
»otras, y en que siendo una, sea todas, quanto le fuere
»posible. Porque en esto se avecina á Dios, que en si lo
»contiene todo. Y quanto más en esto creciere, tanto
»se allegará más á él, haciéndosele semejante. La cual
»semejanza es, si conviene decirlo ansi, el pío general
»de todas las cosas, y el fin y como el blanco á donde
»envian sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la
»perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea
»un mundo perfecto, para que por esta manera, estando
»todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su
»sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo
»el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina
»del Universo, y se reduzga á unidad la muchedumbre
»de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen,
»y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que ex-
»tendiéndose y desplegándose delante los ojos la variedad
»y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad
»sobre todo.»

Aunque no hay pátria para el pensamiento, ciudadano inmortal de todas las naciones, cumple á un profesor de Universidad Española notar, que la Unidad concertada de todas las cosas ya inteligibles, ya creadas, como blanco de su progreso, de origen extranjero á juicio de algunos, ha sido proclamada ley de su perfeccion, por un escritor español que tanto ha merecido bien de la Religion y de las Letras.

Fr. Luis de Leon es á quien acabais de oir, explicando los NOMBRES DE CRISTO.

Con pensar que la raíz de la unidad armónica brotó en nuestro suelo há cerca de 300 años, que es, de antiguo, indígena entre nosotros, el ánimo se levanta, la afición científica se aviva, y se rejuvenece la esperanza de la razon que busca la verdad incansablemente. Y con pensar que la descubrió un sábio Religioso Español (*aprovechando el ocio en que la injuria y mala voluntad de algunas personas le pusieron*), emocion de noble orgullo se despierta en nosotros; porque ese pensamiento filosófico, al comparecer en la Universidad, no es un aventurero extraño, que se acoge á la fraternal hospitalidad de la ciencia; es el ascendiente legítimo á quien, ausente y largos años ignorado, vamos á reintegrar en sus no prescritos bienes, agregándoles los frutos que han producido.

Verdad es que no hay, en rigor, mas extraño que el ignorante en el país de la ciencia. Hermanos y compatriotas son cuantos la cursan, porque corta es la depurada á nuestro esfuerzo personal exclusivo, á pesar de lo privilegiado de nuestra naturaleza. Mediante él solo, no nos fuera dado manifestar nuestra esencia, viviendo una vida universal, influyendo en todas las esferas de la existencia, y aplicando nuestras facultades á todos los séres, conforme á la ley que los ordena, é índole que los distingue. Hemos de reunir todos nuestros medios

de acción, para que el ejercicio de las potencias adquiriera la fuerza y extensión á que se prestan. Pobre sería el Saber humano, si no excediese los límites de una inteligencia individual, si no fuera hechura constante y seguida de nuestros adelantos recíprocos y los de las generaciones pasadas. Pobre sería la Industria, si cada uno hubiese de atender á procurarse, por sí solo, los recursos necesarios para vencer el obstáculo que nos suscitan los apetitos físicos, pidiéndonos su anteposición á los espirituales. Pobre sería la Gobernación, si juntándose los hombres en cuerpo, á defender sus recíprocos medios de existencia y de perfección, no los asegurasen contra la violencia de uno cualquiera de sus miembros.

Esta suma y comunidad de esfuerzos no es ménos natural y procedente en la Ciencia, cuando intenta plantear y desenvolver un sistema que lleve al hombre y sus instituciones, á su modo y por su laborioso camino, la parte de luz y de bien, que ella recibió de solo Dios el encargo de concebir, extender y fecundar humanamente. Encargo es este que la grava con el trabajo de su renovación. Para la cual revisa y apura los pensamientos varios, nacidos al través de épocas y lugares remotos, primero de darles su ejecutoria de ubiuidad é inmortalidad relativas. Averigua, si los que circulan por el mundo importan, en su extensión ó energía actuales, grados y matices de los que les han precedido, y hasta qué punto se han alojado en nuestro espíritu los de las naciones cuyas ciencias, literatura, lenguas y legislación son todavía elementos integrantes de las nuestras. Y llama á juicio lo pretérito y lo presente, porque habiendo de influir en la sociedad toda, solicita para su encauce y asiento al hombre histórico con todas sus demostraciones, pues el hombre ideal no existe en paraje alguno; dóquiera se informa del medio social en que vive. Demás, que si el pensamiento funda-

mental que guarda y destina á enjendrar su sistema es conocido, por tener vivo gérmen de precedentes y tradiciones en el país que ha de elaborarlo, será más accesible á la inteligencia, más ámplio de alcances, más exacto en soluciones y más eficaz para la acción. Las ideas no contrastadas por la realidad, y sin miramiento á ella, polvos de oro son, que cegar suelen nuestra vista, de suyo débil y apocada.

No es esto encadenar ó posponer el Espíritu á la Ciencia y á la Historia. Antes que el prisma descompusiera la luz en sus elementos constituyentes, ya el entendimiento los habia agrupado, y les llamaba color: antes de que se hubiera descubierto la escala de los tonos, ya se les llamaba sonido. Es solo advertir que para regenerar un factor social cualquiera, hay que conocer y considerar su estado histórico, como para determinar la circunferencia de la tierra, hay que conocer y medir un arco del meridiano. Que la ciencia pura, severa, consecuente, superior á intereses y fines particulares, digna de tolerancia, atención y espera, no hostiliza á ninguna institucion histórica, no forma partidos, no conspira ni pervierte, sino que fortifica al hombre en el sentimiento de su dignidad y derecho, y por lo mismo en el de la dignidad y derecho de todos. Semejante al ave del Paraíso solo vive en una atmósfera libre y desinfectada.

«En todas las cosas que son de un mismo linaje y comunican en una misma razon, si acontece que entre ellas haya grados de perfeccion diferentes, y que aquello mismo, que todas tienen, esté en unas más entero y en otras ménos, la razon pide que la más aventajada y perfecta sea como regla y dechado de las demás; es decir, que todas han de mirar á la más aventajada, y acercarse más á ella, cuanto les fuere posible; y que la que más se le allegare, será de mejor suerte.»

Segun esa proposicion del mismo autor, levantada á la par de su criterio, no es posible dejar de conceder la palma entre las Ciencias á la Filosofía. Y tanto es más obligatorio para mí contribuir á que se le adjudique, demostrando su celsitud, cuanto que ella me ha acorrido en el angustioso trance de escoger asunto á mi oracion. Buscábale yo digno de vosotros, propio de este lugar, asequible á mis fuerzas; y buscábale en balde comedido á tales condiciones; pues ó no habia él de alcanzar hasta vosotros, ó no habia yo de alcanzar hasta él. Mas al reflexionar, que me cabia la honra de hablaros, á nombre de la Facultad de Filosofía y Letras, que abarca el fondo y la forma, la idea y la expresion de todo producto racional, los asertos del M. Leon, vinieron á abonar doblemente la habilidad de mi representacion científica para llevar, en esta ocasion, la remontada voz de todas las Ciencias.

Me propongo pues probar: 1.º Que la Unidad, alma de la Ciencia, es el pío de toda criatura, lo que la asemeja á Dios, y lo que encuentra el Espíritu en sí, en la Naturaleza y en la Humanidad. 2.º Que la Filosofía vá asentándola en todas las Ciencias é Instituciones sociales.

Si alguna esperanza abrigo de que me escucheis benévolo, no nace ciertamente de merecimiento mio, sino de la dignacion que confio obtener de vosotros, luego que sepais, que el deber y no convencimiento de que haya en mí capacidad de poner cabo á tamaña empresa, es quien me trae á este puesto de honor, para acometerla. No he sido bastante orgulloso para solicitarlo, ni bastante modesto para rehuirlo. Y si la sinceridad hubiese de ser un estímulo más á vuestra benevolencia, lealmente os diria, que me ha sido costosa la neutralidad que he guardado entre la tentacion y la flaqueza que me asían. El orgullo se me presentaba fácil, y la mo-

destia difícil; trabada en mí su lucha, la victoria del uno habia de ser el vencimiento de la otra.

Por demás lisonjero era prestarse á heraldo de la Ciencia, á nombre de la Universidad Central, mayormente siendo esa prestacion cargo al profesorado, de tan censurable esquivamiento. Fuera de que, la presencia del Gobierno de S. M., de los altos dignatarios del Estado, de los Próceres de la Instruccion pública, de las diferentes Facultades, de la juventud premiada y de sus venturosas familias, señuelo es ocasionado á una fascinacion, que pudiera decir cae en varon constante. Por cuyo caso, el amor propio, desoyendo ó ahogando las voces y saludables advertimientos de la razon, desvanece y engríe, dándonos á creer que dejaremos de ser pigmeos, con encaramarnos á una montaña. Si defraudo vuestras esperanzas y malogro el negocio cuya gestion me ocupa, ¿no me perdonareis el no haberla rehuido, en gracia de no haberla solicitado?

Compendio el Hombre y corona de la creacion asume todas las naturalezas inferiores y sus fuerzas respectivas; incorpora á su organismo todas las leyes físicas; atrae á su existencia todos los sistemas vitales; refleja en su cuerpo todas las bellezas; su voz es eco de todos los sonidos; su mente mansion de todas las ideas. Partícipe de la naturaleza por el cuerpo, y de Dios por el alma, su participacion divina es lo que compone su divina semejanza. Tiene sabiduría en la inteligencia, sol que alumbrándose con su propia luz, esparce un mundo de ideas é imágenes, que no la eclipsan ni menoscaban, por torpes que sean, mientras no interesen al sentimiento, y las consienta la voluntad. Tiene amor en el sentimiento, piélago insondable de los huracanes y temporales del alma, á no guiar su nave el timon de la voluntad y la estrella de la inteligencia. Tiene omnipotencia en la voluntad, Titan de indecibles fuerzas y de incontrastables ímpetus, que yace inerme, ciego y desatinado, hasta que lo levanta el sentimiento, ó lo conduce la inteligencia.

La múltiple vida espiritual que estas potencias forman es siempre una, porque son idénticos los modos de ejercer su actividad. Su pensamiento siempre atiende, abstrae, determina; ó percibe, juzga y discurre: su sentimiento se agita en invariable alternativa de placer ó dolor, de apetito ó aversion; su voluntad pasa por unos mismos grados de propósito, deliberacion y resolucion.

Es además inagotable, pues siempre le queda al alma algo, que la mueve á un desenvolvimiento ulterior, segun Leibnitz. Podemos adquirir incesantemente nuevas ideas, comprendiendo más y más los arcanos de la creacion; somos capaces de sentir en mayor escala, gustando goces ignorados antes, concibiendo esperanzas, que nunca habíamos concebido y formando propósitos, á

la sazón no realizados. Esas ideas por adquirir, esos sentimientos por experimentar, esos propósitos por cumplir, toda esa aptitud de renovar continuamente nuestra naturaleza espiritual, con que brinda sin cuento nuestra potencia á nuestra actividad, constituye la perfectibilidad humana.

Y, al querer efectuar lo que nuestras potencias implican, no nos sentimos forzados, ni cohibidos. Si nos ocurre una idea, no tenemos que desplegarla en todas sus partes: si nos cautiva un sentimiento, no tenemos que dejarnos arrastrar por él; si nos asalta un capricho, no tenemos forzosamente que satisfacerle. Esto nos revela nuestra libertad, por cuya virtud, somos árbitros de nuestro destino; nos erigimos en autores directos del bien y nos asociamos á la obra de la creación. Según Fr. Luis de Granada, «primeramente se dice ser el hombre imagen de Dios, porque tiene libre albedrío y entendimiento, como Dios y sus ángeles. Porque ninguna de las otras criaturas tiene esta libertad; cá todos son agentes naturales, que no pueden dejar de hacer aquello para que tienen facultad: así el fuego no puede dejar de quemar, ni el sol de alumbrar, etc. Mas el hombre es libre y señor de sus obras y así puede hacer y dejar de hacer lo que quisiere..... No solo la libertad de la voluntad sino la facultad del entendimiento nos hace semejantes á Dios, pues él también es sustancia intelectual, aunque por otra más alta manera. Esta semejanza de los entendimientos se vé en la semejanza de las obras, que proceden de ellos. Por donde se dice, que el arte imita á la Naturaleza, en cuanto puede: lo cual, en más claros términos, es decir que el hombre imita á Dios en la manera de obrar.»

Empero ya se ejerciten, ya reposen nuestras potencias, coexisten, se auxilian y obran simultáneamente, sin destruir la unidad del alma, y fundando, por el

contrario, la armonía á que se reduce. «Ansi como la piedra, dice Fr. Luis de Leon, que en el edificio está asentada en su debido lugar, ó por decir cosa mas propia, como la cuerda en la música debidamente templada en sí misma, hace música dulce con todas las demás cuerdas, sin disonar con ninguna, ansi el ánimo bien concertado dentro de sí y que vive sin alboroto, y tiene siempre en la mano la rienda de sus pasiones y de todo lo que en él puede mover inquietud y bullicio, consuena con Dios y dice bien con los hombres, y teniendo paz consigo mismo, la tiene con los demás.»

Las potencias rejidas por la voluntad y secundadas por el cuerpo, son los instrumentos de nuestra aspiracion al bien, que el órden universal del mundo identifica con nuestro fin, porque obedeciendo los séres á las leyes especiales de su informacion y optando á un bien particular, fragmento del supremo que envuelve todos los posibles, como la observancia de aquellas leyes los guia al logro de su fin, ordenarse á él es para ellos aspirar á su bien. El del hombre, trasunto, el más perfecto y ostensible que cabe de la esencia infinita, es desenvolverla continuamente; obrar conforme á lo que su naturaleza y oficio apetecen. Este obrar, en una ú otra manera, es el trabajo, medio y forma de la libertad y de la perfeccion. Por eso se reputa especie de redencion del hombre: por eso ha dicho un gran Padre de la Iglesia: *trabajar es orar*.

Si la palabra santa de Dios á la Humanidad, al abrirle las puertas de la tierra, no le hubiera anunciado, que el trabajo seria lote perpétuo suyo, nos lo habria dicho su constante asociacion á todos los actos de la vida, que no habia de llenar entera, si fuese ajeno á su destino. Nos lo habrian dicho las oposiciones, que á la organizacion del hombre levanta Dios en la organi-

zacion de la naturaleza. La cual no siempre le acude dócil y generosa; con sus propios riquísimos dones le daña ó aprovecha, segun lugares, medida y estaciones. El fuego que le prepara sustento y abrigo, le quema; el agua que apaga su sed, le ahoga; el aire que, de brisa, le acaricia, le arrebatada de huracan; la gravedad que le hace erguir en el llano, le precipita de una montaña; la extension que le permite andar, le cansa; el sol que le alumbra, le tuesta; la noche que le trae descanso, le entorpece con su oscuridad.

Mas ¿qué importan al Hombre oposiciones semejantes? *mens agitat molem*, dice, y resuelve allanarlas y que, como á rey, le sirva la Naturaleza. Para su posesion y regimiento, recorre los confines de la tierra, escruta sus senos, descende á los abismos del mar, sube al firmamento y registra los cielos. Este exámen le ofrece una série de partes transitorias, pero que forman cúmulo permanente en sí; una variedad infinita é inestable de individuos, propiedades y relaciones, pero que compone cuadro fijo y determinado. Desde el anillo de Saturno, hasta el más recóndito mineral, los séres en su volúmen, formas, colores y cualidades, le muestran lo uno en lo vario, que ha granjeado á su totalidad armónica el nombre de Universo. «¿Qué es, Señor, dice el autor del *Símbolo de la Fé*, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que, así como en el cielo vos sereis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro, ellas nos son espejo, para que os conozcamos.»

Con este parangon, reconociendo el Hombre su propia estructura en la Naturaleza, penetra en sus secretas disposiciones, distingue, calcula y combina sus fuerzas, y las opone y revuelve unas contra otras, convirtiéndolas en extension ó complemento de su organismo,

sin torcer ni ahogar sus leyes; crea la Industria, que es el gobierno del hombre en la Naturaleza. Entonces ya la obliga á que trabaje á sus órdenes y á que, armándola de útiles adecuados, le fabrique sus vestidos, forje el hierro, sierre el mármol, le abra sus rios, le remolque sus barcos, le trasporte sus cargas y le labre y siembre la tierra. Pero sus exigencias crecen y se multiplican. A la fuerza de su gravedad corporal opone la enerjía muscular, que dá la gimnásia, tan útil á la higiene y al desarrollo físico: á su tardío movimiento dá, con el vapor, la celeridad del caballo, en su impetuoso escape: el océano que le separaba de las tierras, se las acerca ya, por medio de flotantes alcázares: sacudiendo su adhesion al suelo, se eleva hasta las nubes, que acabará por recorrer, aunándose á su estudio, la audacia y el deseo: baja en el ictíneo al fondo de los mares y los habita y escudriña: ase el rayo de gas y lo lleva enterrado para sustituir al sol: ilumina la atmósfera con otro sol eléctrico que él crea: saca del fondo de la tierra el surtidor del pozo artesiano: lleva, disciplina y distribuye el agua, á su antojo: allana las desigualdades del terreno con caminos y calzadas: lanza al aire el gigantesco arco del puente tubular, que ciegue un abismo: entrelaza del valle al monte, con el hilo del telégrafo, correo de la palabra y eco de la sensacion: edifica la roca en el fondo de las aguas: fija con el daguerreotipo el rayo fujitivo de la luz: habilita la piedra para la escritura y el grabado: convierte el algodón en pólvora: en resúmen, mueve, dilata, contrae, teje, forja, modela y espiritualiza la materia.

Así el progreso en el órden físico ha tomado forma del órden moral. Porque, á medida que las cosas se alejan de la pesadumbre y materia de la tierra y más se adelgazan y allegan á la condicion de espirituales, más perfectas son y mayor eficacia y virtud encarnan

para obrar. A medida que han ido acortándose el tiempo y el espacio, para la materia, ha ido ella asimilándose al espíritu; y cuantos más triunfos ha obtenido el hombre por este camino, más se ha aproximado á la imájen de Dios. «Todo esto nos declara (observa el autor de la *Guía de Pecadores*) la dignidad y semejanza que nuestra ánima tiene con su Criador, pues tanta semejanza tiene en la manera del obrar, con él. Porque tres cosas pone San Dionisio así en el Criador como en sus criaturas (que son ser, poder y obrar), en las cuales hay tal orden y proporcion, que cual es el sér, tal es el poder; y cual es el poder, tales son las obras. Y así, por las obras conocemos el poder, y por el poder el sér. Y pues, como está dicho, vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aquí podemos rastrear la semejanza y parentesco que hay entre él y Dios; y entenderemos con cuánta razon se dice haber sido creado el hombre á su imájen y semejanza.»

Gran trecho le ha empujado la Industria, por el camino de su perfeccion. Mejorando su condicion física y abreviando la obra de su bienestar material, ha permitido treguas á la continuidad de su esfuerzo, en beneficio de su vida moral, á cuyo aumento y cultivo puede entregarse con algun desahogo. Y á la Industria principalmente, unida con los progresos de la Estadística y la Economía Política, está deparada la solucion del pavoroso problema entre ricos y pobres: esa Esfinge cuyo enigma está reclamando un nuevo Edipo, só pena de que ella nos devore.

Mas los adelantos industriales extendidos y continuados ¿llegarán á emanciparnos del trabajo material? ¿Lo reducirá el hombre alguna vez á su mera presencia, para estar á la mira y conducir á la Naturaleza de la mano por campos y talleres, á guisa de gigantesca esclava, que se niega á trabajar, sin la vista vigilante

y animadora de su Señor? A pesar de la correlacion entre el trabajo, el progreso y la libertad ¿cesará el género humano de ser otro Prométeo, amarrado eternamente á otra roca, y con otro buitre que le roa las entrañas?

Si la Industria, para concertar la naturaleza con nuestras necesidades físicas, ha nacido del entendimiento del hombre, quien se ha hecho obedecer de ella, por lo comun de las leyes de una y otro, la Ciencia para concertar la esencia, propiedades, fines y relaciones de los séres con nuestras facultades espirituales, en el entendimiento habia de buscar la ley de su concierto. Y eso es más necesario su auxilio á la seguridad de nuestra obra, que la naturaleza y resortes otorgados al hombre para relacionarse con ella, comienzan por engañarle. Todo lo que nos rodea son ilusiones y apariencias; desde ese cielo, cuyos astros vémos donde no existen, hasta la tierra que creemos inmóvil á nuestros piés, en tanto que nos arrebatada, con movimiento mil veces más rápido, que el vuelo de las águilas. Y los sentidos, ventanas por donde se asoma la Naturaleza al Espíritu, y el Espíritu á la Naturaleza, lo mismo que la imaginacion, sentido del alma y alma de los sentidos son falaces é inseguros, si no los interviene y abona la razon. Contraídos además á un instante en el tiempo, y á un punto en el espacio, solo perciben individuos, fenómenos y particularidades.

La observacion y el experimento los han nombrado, descrito y clasificado; pero estos nombres, descripciones y clases son para la verdadera ciencia, chispas dentro del pedernal, que solo hace saltar el choque del espíritu. Él únicamente combina las observaciones, sintetiza los hechos, halla las analogías y sube á ese alto grado de conocimiento y superior unidad, desde la cual vé efectos particulares envueltos en otros más generales, oriun-

dos á su vez de una causa suprema que los funda todos. ¡Tan inmensos son el alcance y trascendencia de la Filosofía!

Gloria fué de Buffon, que elevó la historia natural del hombre á una ciencia especial, por la intuición de su comun origen, haber deducido de algunos hechos las principales leyes de la distribución geográfica de los seres, y aún de su aparición sucesiva, remontándose hasta la concepción de unidad en el reino animal, al principio de la variabilidad limitada de las especies, y á otra porción de verdades, realizadas ya unas, y pendientes otras de lo porvenir. Gloria fué de Geoffroi St. Hilaire asentar, que la observación llega imperfecta y escasamente al conjunto, que solo el raciocinio se encumbra á percibir las relaciones y armonías de las obras del Criador; que donde nuestros ojos vén individualidades efímeras, el espíritu vé la especie misma, unidad permanente de la naturaleza, que careciendo en ella de ejemplar, abstracción es, introducida por la mente, en la variedad de individuos.

Así, cada paso adelantado por la región de las ciencias naturales, ha sido una penetración más íntima del Espíritu en la Naturaleza, el establecimiento de una nueva ley, el hallazgo de alguna nueva unidad sobre variedades anteriores.

Y en fe y robusta prueba de lo más que ganan las ciencias, á medida que las llena el espíritu, las que más puro le reciben, mejor trasladan sus caracteres de exactitud y certeza. Tal sucede á las Matemáticas que se basan en él exclusivamente. La serie de fórmulas, que vienen á constituir las, se reduce á la serie de ideas puras, de anticipaciones racionales que hace el espíritu, hasta para afirmar la existencia del mundo exterior. Gozan también el privilegio de ser confirmadas por la experiencia: por cierto que, al discutir cuestiones que

ella no consigue resolver, v. g. en las teorías de las cantidades negativas é imaginarias, se apartan los matemáticos de su estadio científico, y acuden al filosófico, cuando cavilan formas para demostrar, que la relacion establecida en el caso comensurable subsiste, al pasar á lo inconmensurable.

Acaso la corriente de las edades traiga un dia, en que la observacion y el experimento sean simple verificacion de ideas preexistentes en el espíritu; dia que podamos buscar un hecho en la naturaleza, como una calle en un pueblo que nos es conocido.

El hombre necesita concentrar sus fuerzas en la asociacion, para hacer su vida en vías de perfectibilidad; y la perfeccion es negocio tan complejo y largo, que há menester el concurso de la humanidad entera. Dotados sus individuos de aptitudes y cualidades desigualmente ejercitadas, es preciso que la una divida sus esfuerzos y los otros sus trabajos, por interés de la misma grandeza y variedad de la perfeccion, en grupos particulares, que se propongan un bien parcial, y lo realicen bajo algun aspecto. Así la identidad de morada, de raza y sus circunstancias inmanentes producen en ellos analogía de disposiciones y semejanza de necesidades, los habilitan para las propias leyes y les allanan el camino del bien, mejor que incorporados á otras asociaciones.

La pátria: hé aquí la primera y superior unidad que fija y requiere el hombre para ceñirse á labrar su destino. Si no naciese al amparo de leyes que le protejieran contra los amagos y ataques á su existencia física y moral; si no le recibiera en su regazo una familia, cuyos desvelos le proveyesen de los primeros socorros urgentes á la vida; si no le envolviese en su atmósfera una civilizacion que puliera y alimentara

su alma, no podría consagrarse al ejercicio de sus facultades, ni al medro de su particular fin, ni á progreso alguno.

Empero la pátria, unidad nacional, que entraña las unidades de la familia y del individuo, demanda una organizacion y un concierto, pues como en el órden natural, cada sér posee una ley de desarrollo, que no ha de traspasar, en el órden social, el hombre, ya le consideremos en el Estado, en la Ciudad, ó en la Familia, posee su esfera de accion, que no ha de rebasar tampoco, porque se turbarian el órden y composicion de la naturaleza ó de la sociedad, si fuese lícito á cada sér ó á cada ciudadano avanzar ilimitadamente, usurpando ó invadiendo la esfera vital de los demás.

A la Legislacion concierne tal deslinde y encaje; y para hacer que esa organizacion sea propia, y ese concierto armónico, imprimiendo á la masa varia de individuos agrupados en naciones, la unidad que reina en el espíritu y en la naturaleza, lleva dos antorchas: la Historia y la Filosofía. La luz de ambas alumbrá un doble y recíproco trabajo. Para determinar la organizacion social, estudia al hombre, pues cuantos elementos él contiene ha de contener la Sociedad, y para determinar al hombre, estudia la manera como atiende á sus condiciones la Constitucion social; de suerte, que no haya en el individuo interés que la sociedad no mire, ni en la sociedad, mirada que no se fije en un interés humano. Solo conociéndolos todos y sus diferentes estados, se conocen las primitivas cifras, por decirlo así, que dán el valor moral de un pueblo y permiten equipararlo exactamente á sus instituciones. Perpétuo estudio reclama este conocimiento, porque el hombre y la Humanidad, manera de hombre universal, están aprendiendo y mudando siempre. Períodos de progreso tienen, marcados por la aparicion de esos raudales del espíritu,

llamados grandes ideas, que primero fecundan el terreno donde brotaron, y despues se esparcen y filtran por el que encuentran abonado para absorberlas. Mas antes que el legislador compase su accion con ellas, han de haber beneficiado y cundido por la opinion ó la costumbre á punto de señorearla, convirtiéndose en uno el hecho y el derecho, la práctica y la ciencia, mensajera que debe ser siempre y conductora de los acontecimientos. A no prevenirlos ó enderezarlos ella, enseñándonos, lo cierto entre el grado de progreso á que un pueblo aspira, y entre el que su estado consiente, llegamos á averiguarlo, á costa de pruebas dolorosas presentadas por la ignorancia atrevida, el error confiado, el interés ciego y la pasion desapoderada. Cuando la ciencia difundida no ha establecido ecuacion, esto es, unidad entre los hombres de pensamiento que las inician, y los hombres de accion que las acaban, las reformas políticas se deshacen, malogran y caen en materia de personales conveniencias.

La Moral, la Religion, el Derecho, la Ciencia y el Arte, son los caminos que ván del mundo físico al espiritual. La Filosofía ha trabajado en casi todos ellos; y así, al observar la marcha de la Humanidad, se nos figura ver en sus pasos cierto ritmo y medida, y en los hechos correspondencia á ciertas ideas: divisamos sobre los Israelitas, errantes y dispersos, la columna de fuego que los conduce á la tierra prometida.

El orden, armonía y belleza que resplandecen en la creacion, anuncian al hombre, que todas las cosas fueron hechas con fin preconcebido en el pensamiento de Dios; que siguiendo su ley universal, tiene como ellas un blanco á que tirar durante su vida; que este és aproximar su semejanza á Dios; y que el medio de con-

seguirla es el cumplimiento de todos sus deberes. De consiguiente goza, entre todas las criaturas, el privilegio de saber, que ha nacido para vivir, según su naturaleza, de conocerla y de dictarle las reglas que pide. La Filosofía se las ofrece, por ministerio de la Moral, ley de la voluntad, ó código de las obligaciones requeribles á todo hombre ante el tribunal de la conciencia. Y decimos á todo hombre, porque solo la Moral establece y consagra la unidad de deber entre todos los humanos, como quiera que ella no existe entre los que atemperan y conforman sus acciones á preceptos, fundados en motivos diferentes.

El deber sumo que impone al hombre es aspirar á su bien, y por lo tanto á Dios, Supremo de todos los bienes, espontáneamente, por sí propio y sin apremio ó violencia de nadie; que su alteza estriba en practicar la virtud, bajo su responsabilidad. Solo en lo libre de su albedrío está el mérito ó demérito de actos, que la sociedad no es árbitra de prevenir, ni castigar, mientras no redunden en su daño, ó en el de algún miembro suyo. Así lo interior del hombre ha llegado á ser un sagrario, donde no tiene facultad de penetrar otro hombre: violarlo, es violar la persona humana, porque la base de su sér es la conciencia.

Y habiendo de aspirar todos al bien, y siendo el bien el mismo para todos, no deberán variar las suertes de procurarlo, en idénticas circunstancias. Dotados al nacer de facultades esencial y radicalmente semejantes, esto es, iguales en número y cualidad, aunque desiguales en cantidad y energía, todas ellas son capaces de cultivo y de igual altura de virtud. Por lo tanto, poseyendo todos los hombres los propios elementos para acercarnos á Dios en lo posible, todos poseémos iguales derechos y deberes, para con nuestro bien. Las pasiones, los intereses y la flaqueza de una voluntad, abastecida

por opiniones ó sentimientos susceptibles de entibiarse y hasta de desaparecer, desigualan, en la vida, nuestras tendencias á la virtud, fuerza verdaderamente incontrastable, y por extremo superior á encarecimiento, cuando arranca de la Moral, hija solo de la libertad humana. Sócrates, aunque descreído en los falsos dioses de su país, penetrado de la iniquidad de sus jueces, árbitro de su fuga y bebiendo la cicuta, mártir de sus doctrinas, lo atestiguará eternamente.

La Religion, lazo de union del hombre con Dios en propósitos, sentimientos y obras, divina é inmutable en sí, mudable solo y humana en la manera como el hombre la concibe, siente y practica dentro de su vida, recibe con la fuerza de la Moral un doble auxilio de la Filosofía. Esta hace concebir tambien racionalmente muchos capitales puntos de la Doctrina Cristiana; la existencia de Dios, Omnipotente, Justo, Pródigo, Sér Infinito y Absoluto, sosten y fundamento de todas las ideas y realidades: la doble naturaleza del hombre, la inmortalidad del alma, la causa y forma del libre albedrío, la ley de la virtud y otros en que el discurso contesta con la Revelacion. Situada la Moral á retaguardia del campamento de los fieles, si vale decirlo así, vigila á los que se alejan, para que no consumen su desercion y el descaecimiento de su fé no desplome entero el edificio de su moralidad: y enfrena á los ya incrédulos, para que no se tornen malvados, y no muera del todo la esperanza de su arrepentimiento y conversion, al mismo tiempo y por el hecho de tornarse irreligiosos.

Y ese poderío moral es el que ejercita la Iglesia y el que la engrandece por tan subida manera. Considerando que la Política, los Príncipes y las Instituciones terrenas, son entidades harto transitorias para mezclar

con ellas su representacion inmortal, y habiendo de sobrevivir á todas las evoluciones de los pueblos, comprende el interés y dignidad de su propia soberanía é independencia consiguiente, á fin de velar por los bienes eternos. Persuadida de que sus mandamientos van derechos al espíritu, y que la verdadera y más preciada virtud es la que nace de la devocion generosa del corazon fiel que repele toda coercion exterior, no usa procedimiento corporal, contra aquellas infracciones que no extralimitan el círculo de la conciencia.

No alcanzando la coercion exterior á lo íntimo y eterno de nuestro destino, donde impera y guia la Religion y siendo con esto, varias las formas exteriores de realizarlo, varias han sido hasta hoy las demostraciones históricas del sentimiento natural Religioso en la Humanidad. Las que lo arraigan, asimilan y acercan entre sí, sin mengua de la Moral, aparecen, á despecho de su variedad misma, como otras tantas expresiones del sentimiento é idea de Dios, que ayudan á probar su excelsa é inefable esencia, y vienen á desempeñar el mandato atribuido á lo criado por Fr. Luis de Granada, cuando dice: «Y porque vuestras perfecciones eran infinitas y no podia haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, porque así á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas... ¿Quién, Señor, no se fiará de vos, con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos, nos predicán la grandeza de vuestra gloria?» Los falsos cultos engertos en los ánimos y en las costumbres, mientras, aferrados en sus ciegas creencias, despliegan un carácter intransigente y exclusivo, no suelen admitir ni escuchar otra voz que la de la razon, ni hay pa-

lanca que los remueva de su asiento, y los prepare á recibir la verdad cristiana, más que la Filosofía. La gentil misma, al decir de los Santos Padres, preparó y abrió el camino al Cristianismo.

Hasta en el sentimiento religioso halla la Filosofía arte de penetrar, segun el testimonio de S. Pablo: *rationabile sit obsequium vestrum*, en un principal capítulo, á saber: poner en claro, por su parte, la querella entre la fé y la razon que indiscretos partidarios de una y otra habian encendido con exagerado celo. Órgano aquí más bien que de la Religion, de la Filosofía, permítaseme vindicarla, ó por decirlo mejor, vindicar á ambas, con el deslinde de sus respectivos confines.

La aspiracion á lo infinito, que tan poco comedida parece á nuestra debilidad, es la expresion fiel de una ley irresistible y de una perpetua esperanza de la razon. Nada podemos saber, ni afirmar, que no lo supon- ga, se le refiera, ó lo mire, de una ú otra manera. La Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad no iluminados por la idea de Dios, Infinito, Absoluto semejan (segun la bella imágen de un escritor), vasto cementerio que el pensamiento vá recorriendo acelerado, echando de ménos á cada paso, aquel soplo creador y divino, único poderoso á reunir tantos huesos esparcidos y devolver- les el alma.

Sin embargo, el conocimiento de lo infinito no es dado al esfuerzo de nuestro raciocinio, no hay premisas capaces de dar de sí una conclusion, que las contiene y domina á todas. La razon misma cree que ninguna de sus ideas lo abarca entero; que, adecuada á él no cabe en inteligencia finita; y por ello nuestro espíritu reserva forzosamente un lugar para lo incomprensible y desconocido: un sitio donde la Fé colme el abismo entre lo finito y lo infinito. No hay, por lo tanto, trueque posible de labores entre la Fé y la Razon. La

afirmacion de Fé, cuyo acceso pretendiera el entendimiento, quizás fuera un absurdo para la Ciencia: la afirmacion de Ciencia, que se nos diera por artículo de Fé, acaso sería un absurdo para la Religion. Creer y saber son dos términos, que no se han de confundir ni contraponer: no se crée lo contrario de lo que se sabe, sin dejar por lo mismo de saberlo: no se sabe lo contrario de lo que se crée, sin dejar por lo mismo de creerlo. El origen y la diferencia de estos actos no admiten competencia entre ellos. «Siendo la razon, dice Leibnitz, un don tan de Dios como la Fé, su lucha haria luchar á Dios contra Dios.» «Cá pues él lo creó todo, añade Fr. Luis de Granada, justo es que con todo sea servido, y mucho más con las cosas mayores que hay en nosotros, pues las tales están más cercanas y vecinas á Dios: entre las cuales tienen el primer lugar la Voluntad, reina de las potencias de nuestra ánima y el Entendimiento que es su consejero.» Así es que, á pesar de los linderos que las separan, los discursos de la una tienden á ponerse de acuerdo con las creencias de la otra: acabamos por querer explicarnos lo que al principio resolvimos creer: *Fides quærens intellectum*, dice San Anselmo.

Si el hombre se bastára á sí mismo, sin la coexistencia de otros séres, cuya vida y perfeccion se enlazan con la suya, holgaría la justicia exterior, vanas fueran la idea y las instituciones del Derecho; pero dependiendo de los que se asocia para hacer la vida, á fuer de libres, se la pueden impedir ó perturbar, infringiendo las leyes.

El Derecho, origen y término de la justicia social, confundido antes con la tradicion, el privilegio y el poder (*allá ván leyes dó quieren Reyes*) sufría todas las alternativas de su pujanza y abatimiento. Esta confusion, que atribuía á unos todas las obligaciones, á otros todos

los derechos, y negaba á la mayor parte los medios y hasta los títulos para llenar su fin, obstruía la unidad social y mataba el carácter moral del hombre, matando en sus derechos el fundamento de sus deberes; que el ángel de nuestra libertad, si la guarda inviolable, es por consagrarla incólume al alcance de nuestro bien.

Al decir la Moral que uno mismo es el de todos, y unos é idénticos para todos, los medios de obtenerle, la Filosofía estudia la naturaleza humana, declara las condiciones de su efectividad, organiza la persona jurídica, deduce la igualdad ante la ley, se las presenta al Derecho y le pide instituciones vaciadas en el molde de todo el hombre; que no descuiden parte de él, y en todas refluyan apropiadamente.

Así ha conquistado su soberanía, extendido su autoridad y llegado á ser la vida y vínculo de cohesión en los pueblos. Esas leyes políticas, civiles y administrativas, que reclaman celosos é impacientes, sancionan ó inician la unidad de las personas y las cosas que los iguala ante la justicia social.

De larga cuenta son los progresos que diariamente recaba. Enumerarlos, respecto á personas, cosas y acciones, desde el esclavo, hasta el ciudadano Inglés, *Cives Romanus sum* de las naciones modernas, desde el feudo territorial hasta la desamortización presente, desde el Juicio de Dios, hasta la abolición del juramento en lo criminal, fuera historiar completa la Civilización. Esta, para su adelanto, encarga al Derecho que al examinar el Estado, su objeto, bases de su existencia, variedad de sus elementos, medida de subordinación individual y familiar, grado de autoridad suyo sobre los diversos círculos sociales, y relaciones con los países extranjeros; en el centro de tan dilatada esfera, coloque siempre la Moral, y se esfuerce por igualar su radio.

La Ciencia, sistema de conocimientos ciertos en la razon y en la esencia de las cosas, no exige reseña especial en mi discurso, supuesto que cuanto habeis oido de ella, por ella, y con ella habla, hablando á nombre de la Filosofía, que es la ciencia de las ciencias. No omitiré, sin embargo, que antes de poner unidad á los saberes de la naturaleza y el espíritu, la ha puesto dentro de sí misma, y en su relacion con el mundo del sentido.

Afectada, no há mucho, de un dualismo profundamente arraigado, interrumpíale frecuente la ilacion de doctrina: la obligaba á caminar por vías no filosóficas, ó le embarazaba arribar á ciertos conocimientos. Llevándola desde el extremo del espíritu, al extremo de la materia, quedaba en insoluble problema, como el sugeto, sin salir de sí, llega al objeto en su realidad. Sin este puente entre ambos, misterios por descifrar resultaban los principios de un sistema, negacion pura el uno del otro. No habiendo razon de ser para la mitad del mundo, carecia de explicacion y faltaban las consecuencias prácticas procedentes.

La Ciencia, aspirando, por virtud de las ideas, al conocimiento del principio de las cosas y de toda verdad, ha conciliado los dos términos y hecho irradiar su unidad en las más opuestas variedades, de suerte que una esté en todas y todas propendan á ser una.

La Física con un solo hecho lo traduce y corrobora maravillosamente. El estudio, fecundado por la botella de Leyden, sobre la electricidad, ha descubierto, que ella presta á la Meteorología, la clave de los grandes fenómenos atmosféricos; á la Física, las principales leyes del calórico, é íntima estructura de los cuerpos: á la Química, las teorías más satisfactorias y procedimientos más poderosos de análisis: á la Mineralogía, la investigacion de los cristales y la roca: á la Fisiología, el

conocimiento de las potencias que rijen la materia orgánica: á la Medicina, un remedio para enfermedades incurables: á la Mecánica, una fuerza independiente del tiempo y del espacio.

Así todas las ciencias se aproximan y hermanan, si es que no invaden las unas los límites de las otras. La Teología, ciencia de Dios que declara sus atributos y explica sus obras, cuenta preferir á la Filosofía, llamándose única sabedora de las relaciones ciertas entre el Criador y la criatura. La Economía Política pretende arrebatár su cetro al Derecho, creyéndose la diputada para dar á cada uno lo que es suyo, y resolver todas las cuestiones, que plantea ó asoma la revolución. La Química ahonda, cada vez más, en el terreno de la Física, y espera dar con el único ingrediente esencial de la naturaleza. La Astronomía se empeña en descubrir el origen de todos los movimientos planetarios, en la aplicación de cierta fuerza proyectiva á determinada dirección. La Física y la Química, de consuno, sondan confiadas los fenómenos moleculares, y la acción de los elementos imponderables, que vivifican la materia. De modo, que cada ciencia intenta dominar y servirse de las otras en lo futuro; intento que, por comun á todas, significa en el fondo su indisoluble trabazón y su tendencia á la unidad.

Sello y fruto suyo es el carácter positivo que marca á la ciencia actual. Ella no goza el derecho de decir: *Regnum meum non est de hoc mundo*; ni de encerrarse, á ejemplo de Aquiles, en la tienda de su aislamiento con sus hipótesis y silogismos, abandonando la sociedad á principios é intereses hostiles, ó divorciados: ha de completar el pensamiento con la acción, el anuncio con el suceso. Más grande y más sublime parece á la ciencia moderna Sócrates peleando por su patria en Anphipolis, Potidéa y Delio, que Arquímedes embebecido en sus

cálculos, mientras abandonaban los Dioses los escalados muros de Siracusa.

El Arte, introductor del Espíritu en la Naturaleza, y representante de la Naturaleza cerca del Espíritu, tirano simpático que encadena nuestro albedrío y nos levanta al entusiasmo, por perfectas y numerosas que fuesen sus producciones, era, no há muchos años, un hecho espontáneo, aislado, sin ciencia, sin historia, y sin vida proporcionada á la vida social. Ni cada forma estaba estudiada y definida, ni todas se referian entre sí, hasta articular la unidad que sintetiza el arte, ni la unidad de conocimientos que formúla la ciencia. Estudios y tratados especiales existian en lo antiguo; pero sin mirar á los efectos artísticos, ni á sus causas, ni á su valor filosófico, ni á su puesto entre las otras manifestaciones de la actividad humana, no obstante haber visto al Arte incorporado siempre al proceso de toda civilizacion. Escasa, incierta y varia era la doctrina sobre la Hermosura. Fijándose únicamente en la de la naturaleza, propusieron los antiguos su imitacion, como la del único modelo. Su admiracion por la ciencia de los Platones y Sénecas, y por el heroismo de los Leonidas y Régulos, no les habia hecho reconocer, ó al ménos consignar, que la Verdad, la Bondad y la Belleza son hermanas; y que si bella es la Naturaleza, más bello todavía es el Espíritu que la admira, y la traslada y la espeja. Desconocidos la índole, caractéres y especies de Belleza, no era posible su reproduccion, el arte, por falta de principio que determinára su esencia, formas, leyes y procedimiento. Tampoco iba en su auxilio la Crítica, que partícipe de lo exclusivo, manco é inseguro de la ciencia, invocaba reglas empíricas, no tanto condiciones propias de la belleza misma, como requeridas por el espectador. No echaban de ménos

las lejitimas los artistas; y la Iliada no esperó á Aristóteles, ni el Capitolio á Vitrubio, por lo ingénito y espontáneo de la inspiracion, y porque el verdadero génio es la más alta conformidad á las reglas. Esperábanlas la Doctrina, la Preceptiva, la Crítica; y la Filosofía, con la Estética, se las ha suministrado.

Ya tiene vía y meta el Arte, compañero y auxiliar de las instituciones sociales, y particularmente de la Religion á quien dedica todas sus formas. Ya puede más rico y seguro corresponder á su vocacion, realizando la semejanza de Dios en lo finito.

Hé aquí una senda, adornada toda de flores, que ha abierto la Filosofía para conducir á la humanidad á la cima de sus aspiraciones.

Las mias hoy, cerca de vosotros, tocan á su terminacion.

Habiendo hecho Dios semejante suyo al hombre, creo haber probado, que la Filosofía ha concurrido por su parte á definir, desenvolver y verificar en lo posible tal semejanza, como destino humano, primero con haber enseñado que la lograríamos, haciéndonos perfectos; despues, ministrándonos los modos de perfeccion llamados Moral, Derecho, Ciencia, Arte; y últimamente, habiéndoles impuesto tal unidad y consonancia, que respondiesen todos, en su diverso uso, á idéntico oficio. Merced á ellos, acortándose la distancia entre el pensamiento y la realidad, el órden espiritual y el social se han abocado, y convenido en ciertos principios comunes, base imprescindible de hoy más, para las sociedades modernas.

La Moral, desde el hogar doméstico enaltecido y purificado afluye á nuestra existencia pública y corre por costumbres y leyes, ascendiendo á fuerza social, que las demás invocan, y que ninguna otra osa desafiar en la tierra.—El Derecho, escudo de todos los actos

de la vida, identificado con nuestros intereses, hábitos é institutos, no sanciona ya la arbitrariedad, el privilegio y el abuso, y pugna porque los deberes y derechos, hijos de nuestra libertad, se realicen igualmente en el individuo, en la familia, en el Estado y entre las Naciones.—La Ciencia, renunciando á sus antagonismos y utópias, se ha unificado y extendido por dóquiera, prestando suelo al edificio de nuestros conocimientos, llenando nuestra existencia y haciéndonos vivir más la vida de las almas.—El Arte, estudiando los ideales modelos que la naturaleza y la humanidad exhiben á la imaginacion, y deduciendo sus leyes de la esencia eterna del espíritu, y de la realidad que se le conforma, continúa la obra de Dios, con remedos ora naturales ora morales, cautivando nuestros sentidos, para que nos trasporten á la contemplacion de la perfectibilidad humana.

Tal es la unidad de miras, que á las diversas formas de nuestro aspirar al bien, ha dado la Filosofía. Los jalones que marcan su progreso son las nuevas unidades en que se resuelven variedades anteriores: unidades, cuya aparicion proclama siempre otro triunfo del espíritu, otro acto de su solicitud por la naturaleza humana, y otro aviso de que no confundamos sus intereses esenciales y los posterguemos á los accidentales, en indebida subordinacion. Al propósito nos recuerda, que los pueblos han vivido largamente y llevado á cabo grandes empresas, sin Reyes ni Parlamentos; sin Ferrocarriles ni Vapores; sin Bolsas ni Telégrafos; pero que han enfermado ó muerto, cuando secos los manantiales de la moral, la fuerza bruta los ha abrevado en el charco de viles pasiones y de inmundos intereses. Él por último nos promete, no habiendo más que un bien y una perfeccion, porque no hay más que un Dios, perenne término del uno y tipo eterno de la otra, llevarnos

á la unidad de civilizacion; á que siguiendo los hombres para su único fin, el mismo derrotero, la igualdad de sus esfuerzos, retrato vivo y consecuencia inevitable de la igualdad de su naturaleza, reciba su sancion práctica en la tierra, siendo, conforme al sagrado texto, todos hermanos algun dia.

Acabais de oir mis íntimas convicciones, el eco fiel de mi conciencia, con perfecto propósito de imparcialidad á que no empece la solidaridad de la ciencia que he profesado, ni el espíritu de una corporacion á que mañana no tendré la honra de pertenecer. Mi interés no es ya el que representa la ocupacion de este sitio: he cesado de ser el personaje que contribuia á la accion del drama; soy el tranquilo espectador que lo contempla. Sírvame al ménos tal extrañamiento, para protestar desde él, que este ilustre Profesorado responde á su destino con incansado afan, ardorosa fé, inmaculada dignidad, sano y discreto patriotismo; protesta que es tributo de justicia á sus merecimientos, ya que lo solemne de la ocasion veda los arranques y expresiones de la amistad, y reprime el grito y el desahogo del corazon. Sirva tambien para congratularme desde él con mi Facultad de Filosofía y Letras (cuya gloria quisiera no haber empañado con mi plática), por el movimiento intelectual que ha producido en la juventud con su palabra y sus escritos, y para exhortarla á que lo continúe con la dignidad é independencia de hasta ahora, á fin de que en orden y progreso nos lleve al renacimiento social de España. Séame permitido mostrar mi gratitud á la Universidad, de quien he recibido, á modo de postrera caricia, la licencia de representarla hoy entre vosotros, diciéndole el sentimiento, que el apartarme de ella me ocasiona, y la orgullosa alegría con que ostentaré este

último rayo de su sol que vá á quedar sobre mi frente.

Cuando pienso que seré solo huésped en esta casa, donde he sido hijo, aunque sé que no me cerrará sus puertas, honda tristeza me oprime, porque, á la de mi apartamiento se agrega, que al separarme de esa juventud, en quien habré sin duda labrado poco, pero á quien de cierto no he infundido, á sabiendas, idea ni sentimiento indignos de la Virtud, de la Verdad y del Honor, es cuando reconozco que he traspuesto el equívoco de la vida. Y he tardado tanto en apercibirme de ello, y no lo he visto antes tan claramente como ahora, porque nada conserva tan sano el corazón, tan libre la mente, tan arrojada la voluntad, tan viva la fé, nada por fin reverdece tanto el ánimo, como el comercio diario con esa juventud, que renovándose, á la manera de las olas, al pié del faro inmóvil, viene á renovarnos el alma todos los años, con el encanto, el perfume y la frescura de sus vírgenes ilusiones.

Sí, jóvenes venturosos, que llegais á esta festividad, ya de conquistadores, á recoger ese momento de existencia divina que gozais al obtener los premios, seguidos de esas miradas, que algunas son bendiciones, ya de nobles testigos, que habeis venido á respirar el aire á que se remontan las águilas universitarias, y aplaudir su vuelo con envidia loable y devota simpatía, guardaré perpétuo y dulce recuerdo de los años que he pasado entre vosotros; tan dulce que voy á pagároslo, ántes de separarnos, con una confianza que os debe ser lisonjera.

No por la huella débil, que haya podido imprimiros mi tosco cincel, sino porque es obra de otros, y de las nuevas leyes que rigen la instrucción pública, os confieso que vale más vuestra figura intelectual al salir de nuestro estudio, que valía la de nuestra generación, al abandonar sus aulas. Sin embargo, no os engriais:

como nadie es dueño de escojer su origen, tampoco es dueño de escojer su tiempo. Vosotros habeis nacido en el puro ambiente de la libertad, junto á los altares de la ciencia, y á una vida de luz y movimiento en todas direcciones: nosotros en dias de represion infausta, dentro de recatado hogar, dormido el pensamiento público, y cerrados los templos del saber á nuestra juventud. Esta diferencia ventajosa á vuestra parte os aprieta con recios compromisos, é impone santos deberes para con la patria, instituciones y leyes, cuya tutela os ha hecho lo que sois y lo que habeis de ser en lo venidero. ¿Me detendré á puntualizarlos y encarecerlos?

Vuestros Profesores os los enseñarán: no haré yo falta aquí ni siquiera para recordároslos.

Perdonad: no es mi ánimo cansaros; pero no hallo palabra que quiera ser la última que ha de llegar á vuestros oidos.

como nadie se vuelve de nuevo a escoger en otros tiempos
 cuando se escogen en tiempo. Vuestros habéis nacido en
 el puro ambiente de la libertad, junto a los altísimos de
 la ciencia y a una vida de paz y movimiento en todas
 direcciones: nosotros en días de espantosa inmundicia, en
 un mundo de horror, donde el pensamiento público
 y corados los templos del saber a nuestra inventiva
 Esta diferencia vuestros a vuestros es una sola en
 todas circunstancias: a vuestros templos de la ciencia
 la patria, instituciones y leyes, vuestros vuestros de la
 hecho de que sea y lo que habéis de ser en lo venidero.
 Me detendré a contemplarlos y agradecerlos.
 Vuestros profesores de las ciencias: no para ser
 sólo para el estudio, para enseñarlos.
 Pienso que no es mi único deber: pero de tal
 palabra que quita ser la misma que se ha de llevar a
 vuestros ojos.

